

OBRA

12

Diosa de la Anarquía

Nana Osaki

Relato general

Llevo media hora frente a la chimenea, observando cómo el fuego se lo lleva todo; la leña, las piñas, los papeles de propaganda, las cartas a medias, las terminadas y las que no escribí yo. Y lo cierto es que no me quema ver tu cara ardiendo, cómo se deforma por momentos, pierde el color, toda la belleza de la que presumes y que a mí me encantaba. Ya no sonrías tanto. Ya no paseas, altiva, por cada poro de mi piel, diciendo que la mañana ha salido muy tranquila, preguntando si quiero café.

Hoy, aquí, llueve a mares. Cae una tormenta curativa para el que se encuentra como yo; metido en su casa, abrazado por la calidez de la hoguera y el sillón orejero de su difunto abuelo. Lo extraño. Era un hombre con mucho que contar, y yo que siempre he sido de escuchar, era su nieto preferido. Con diferencia. Por eso me dejó su sillón, su tocadiscos, sus mejores vinilos y esta casucha que se viene abajo por momentos. No me dejó dinero, pero sí recuerdos, sí palabras, notas, sonidos, algo de lo que acordarme cuando llegase a viejo.

Qué amargo es no poder compartirlo. No contigo, tú ya no me importas. Sino con mi perro. No tuviste suficiente con llevarte gran parte de mi alma, con haberme engañado con ese imbécil de melena rubia y rizada, con dormir en mi cama, a mi lado, besarme al despertar, que encima te marchas con mi compañero de vida desde los quince. Eso sí que es una putada. Ni tus piernas de bailarina, ni tu cabello de sirena, ni tus lunares estratégicos, ni tu risa fácil y contagiosa, ni tu comportamiento de princesa, ni tu voz dulce, ni siquiera tu culo redondo y matemáticamente perfecto. El no poder acariciarle la cabeza ahora mismo a ese bicho peludo me está doliendo más que tu abandono.

Pero yo no voy a contarte cosas que ya sabes de sobra, no. Hoy vengo a hablarte de una mujer. La conocí en uno de esos conciertos a los que nunca has querido ir. Qué manera más sensual y caótica de contonearse, no por los movimientos, sino por el ritmo que vi en ella, porque lo llevaba en la sangre y lo sentía, porque estaba siendo real en estado puro, y nadie salvo yo tuvo el privilegio de contemplar un hecho tan sumamente mágico como aquel. No me acerqué, habría sido una desfachatez por mi parte, una forma demasiado cutre de ligar para ese pedazo de diosa.

En el descanso salí a fumar. Y me la encontré allí, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta roja y un cigarrillo en la boca. Callada, mirando al frente, siguiendo con el pie el ritmo de alguna canción que yo no oía. Ella, al darse cuenta de que no encontraba mi paquete de tabaco, en medio de una carcajada, me entregó el suyo, y de paso se presentó: Sofía.

—Si no te mola el limón, mejor no lo aceptes.

—Me encanta el limón. Gracias.

Me puse nervioso. Y la diosa de cabello azabache y labios morados se acercó a mí, se puso de puntillas y encendió el cigarro con sabor a limón. Y sentí electricidad, sentí una conexión interespacial y ganas de saber más. De saber cosas que nadie sabe, cosas insignificantemente importantes, cosas que sueña, cosas que le gustan, que no, que más o menos, cosas como si prefiere la noche o el día, el sol o la luna, el rojo o el negro, las flores o los libros, la guitarra o el bajo, el cerebro o el cuerpo, encima o debajo, en la cama o en el suelo. Y a partir de ahí empecé a desvariar, e imaginé su cuerpo desnudo, sobre el mío, entregado al placer, brillante, perfecto para estas manos torpes y ansiosas.

De repente, se echó a llorar. No sé en qué parte de mi fantasía, ni por qué motivo, pero lloraba y se reía al mismo tiempo, tal vez avergonzada, tal vez nerviosa. Temblaba como una niña, y yo solo supe decir una cosa:

—¿Quieres que te lleve a un lugar mejor?

Asintió. Me siguió. Y yo solo supe llevarla a casa, sentarla en mi sillón y darle un vaso de agua. Me sentí un pringado descomunal. En mi interior, una voz me gritaba por perder así el tiempo, con la edad que tengo, y por lo que he pasado (no lo olvidemos).

—Ponme la mejor música que tengas —me pidió.

Respiré hondo. ¿Qué se supone que hay que escuchar en momentos así? Parado delante del tocadiscos, decidí que aquella chica en estado melancólico no necesitaba letras abruptas y deprimentes, sino un piano a todo volumen, una cerveza fría y pañuelos para llorar, llorar mucho.

—¿No te has parado a pensar que ahora mismo podría hacer lo que quisiera contigo? —pregunté. Y al parecer le hizo mucha gracia, lo cual sigo sin entender aún.

—¿No te has parado a pensar que quizá por eso estoy aquí?

Mi madre me decía siempre que soy muy corto de mollera, pero en esa ocasión, pillé la indirecta al vuelo; la pillé a ella.

Lo que sucedió un par de canciones después, antes de que el vinilo dejara de moverse y las latas se quedaran vacías, fue lo que llevas imaginando toda la carta. Como vengo diciendo desde hace rato, solo supe besarla suave; tal vez por compasión, tal vez por gusto, por despecho, porque la música me arrastró hacia esa apetitosa boca, y me quise quedar pegado a sus labios el resto de la noche para dejar de pensar en el daño que me hiciste, para

centrarme en su olor dulce y embriagador; para hacerle olvidar el miserable mundo que existe cuando se abre la puerta, y a la vez deshacerme de todo lo que soy por un rato; por puro egoísmo.

Oh, cariño. Qué mujer, qué deidad, qué musa, qué locura. Cuánto siento no haberla encontrado antes, en medio de la multitud, bailando, entreviendo esas piernas de poetisa rabiosa, que se aferran, que te atrapan, que te hechizan a cada movimiento, que te devuelven a la vida sin frenos y te incitan a ir hasta el final. Qué bien huele. Qué bien sabe. Qué imagen tan sublime permanece en mi mente: tumbada sobre la cama, con el pelo alborotado y el pintalabios morado casi por el cuello, buscando su respiración, mezclándose con la mía, cogiéndome de la mano. Qué delicia.

He dado muchas vueltas, pero ya sabes cómo soy, que me gusta irme del tema para prepararme mentalmente. ¿Por qué te escribo? Bien, Sofía se quedó aquella noche conmigo. Y muchas más. Muchos vinilos. El limón caló en las cortinas, impregnó toda la casa de su esencia. Y un día dijo que mejor no quedarse, que acabaría por hacerme daño. Lo que ella no sabe es que dolió más no volver a besarla, levantarme de la cama y no chocarme con su cuerpo, con su majestuosa espalda curva y sus lunares. Dar más de dos pasos sin su risa de fondo, sentarme y no tenerla en mis rodillas a los dos segundos, no ver su sonrisa, ni palpar esa preciosa cara de niña, ni recordarle lo guapa que es cuando mira despistada por la ventana. Duele. Me retuerce el corazón recordarla y no poder sentirla en las yemas de mis dedos, en las palmas de mis manos, en mis ojos cerrados y mis pestañas rozándole la boca. Me ahoga esa coleta azabache despeinada. No puedo respirar. Se me ha olvidado. Ya no tengo claro si el viento es viento y si esta vida sin la musa merece la pena. Apuesto lo que quieras a que no. Salgo ganando. Por una vez. Menudo consuelo.

Aun teniendo en cuenta que me dejara por no ser capaz de superar sus miedos ni aceptar mi ayuda, aun sabiendo lo que sentimos ambos el uno por el otro, aun respetando su decisión y que me mate por dentro; aun así me encanta, aun así la echo de menos. Fue breve pero intenso, y lo repetiría un millón de veces hasta que aprendiéramos a tener paciencia. Hasta que lográramos salir del barro.

A pesar de esta sensación de abandono, me niego a olvidarla. No importa lo que venga, no importan las que vengan después, se queden un momento y se vuelvan a marchar. Me importa Sofía y esa extravagante forma de ser; esas manías, esa risa floja y ese cúmulo

de inseguridades con sentido que compartíamos en ocasiones hasta las tantas. Sofia y sus libros. Sofia y sus bromas. Sofia y sus principios. Sofia y su pasado. Sofia y sus sueños; en vigor y frustrados. Sofia y su cariño y devoción al mirarte. Sofia y su calma al tocarte; para que no te evapores pronto. Sofia y sus vicios. Sofia y su silencio en guerra. Sofia y su actitud ante la vida. Sofia y su opinión negativa hacia las masas. Sofia y sus encantos que no conoce ni admite. Sofia y su manera de tocarse la barbilla cuando piensa. Sofia y sus manos con las mías. Sofia y su capacidad innata de convertirse en la droga más pura. Sofia y su coraje. Sofia y su odio. Sofia y su amor. Sofia y su ansiedad por ser un pájaro que ama y es amado. Sofia y su anarquía, su poesía, su música, su cerveza, sus besos, sus vaivenes, sus excesos, sus abrazos, sus temores, sus deseos y su corazón. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia. Sofia.

A veces, incluso, me replanteo la idea de volver a visitar a mi psicólogo; ese inepto hombre al que le dieron el título en una tómbola. Quizá esté un poco más sano que yo y sepa comprender y arreglar este cúmulo de sensaciones dispares por ella. Y por ti. Tú también dejaste dolor al partir; aunque ahora mucho menos latente y punzante. Cariño, hemos vivido tantas cosas... sería de mala educación mencionar únicamente las peores. ¿Qué decir de ti? Fuiste un sol en pleno julio durante los primeros meses, tal vez hasta el primer año (siendo compasivo). Poco a poco, ya no sé si porque se me cayó la venda, o porque dejaste de intentar impresionarme constantemente para dedicarle tu máxima atención al melenas, descubrí el tipo de mujer que eres. Para entonces, como es evidente, ya estaba hasta las trancas. Actualmente continúo a la espera de mi Premio Nobel al más calzonazos e idiota del mundo. Me conformo con un Óscar a la tremenda película que me monté sobre nuestro futuro juntos —gracias a todas y cada una de las promesas que me hiciste; vamos a ser sinceros—. Todavía no tiene título, ya se me ocurrirá algo, sabes que no me resultan difíciles los temas creativos. Al final, mi único “don” no sirvió de nada contigo; por mucho que lo desearas, los músculos prominentes y el morenazo deslumbrante no iban a brotar en ningún momento. Lo mejor fue que me dejaras. Me dolió, sí; te quería. Mas tú anhelabas algo de mí que ni siquiera yo poseía.

Como es normal, me sentí miserable y poca cosa, sobre todo los primeros seis meses. Tras el proceso de autocompasión, tristeza, soledad y odio en general al mundo, acepté que no volverías y que, si lo hicieras, jamás te permitiría poner un pie más allá de la entrada. Puedo llegar a ser muy estúpido e inocente, pero gracias al hombre que tengo ahí arriba

—que gracias a Dios no es Dios— tengo un tope. Así que, como no hay mal que por bien no venga, maduré un poco más. Tal vez si no me hubieras pisoteado el corazón con tus mejores tacones de charol, ahora no sabría valorar realmente qué y quién es el amor.

¿Qué tiene de diferente y especial Sofía? Pues verás, preciosa, es prácticamente una cría recién salida del cascarón, lo sé muy bien y además ese hecho me encanta. ¿Sabes por qué? Porque a pesar de que parece tan infantil e ingenua, es una chica lista, que ha sufrido y sabe lo que quiere y lo que no. Una chica fiel, amable, dura y macarra solo de fachada, pues conoce que ahí afuera no hay más que aves carroñeras y algunas aves majestuosas que se hallan en la cúspide de la crueldad; ella sabe —como sabe una oración cualquier beato— que hay que guardarse la confianza para quien la merezca. Sofía es el tipo de mujer que quiero y necesito, y he tardado demasiado en darme cuenta, por desgracia. Nunca es tarde, ¿no?

Llaman a la puerta. Me separo de esta carta, de esta hoguera, de esta burbuja de calma contradictoria que acompaña la música. Al pasar por delante del espejo advierto a un tipo en pijama, desaliñado, despeinado, con la barba de vagabundo, los ojos —y el orgullo— caídos, la espalda encorvada de llevar el peso del caos, de las lágrimas secas con sabor a musa inalcanzable. Y siento rabia. Pero, al momento, pienso que me importa una mierda y abro. Y la veo. A la Diosa de la Anarquía, a la musa de la perdición, a la mujer que ansía y no ansía libertad, a mi pájaro de alas entumecidas que no sabe volar. Me tiemblan las piernas, me puede la sonrisa de idiota, el nudo en la garganta, se me olvida hablar. La tengo justo enfrente, con su chaqueta roja empapada y su boca limonada y deseable; idílica.

—¿Nos fumamos uno?

—Solo si esta vez te quedas.

Da un paso hacia mí, me coge por la barba, por todo lo que recuerdo de ella y lo que quiero, y me besa lento, como siempre, como si nunca, como si ahora todo diera lo mismo.

—¿Me dejarías pasar?

—¿Y tus miedos?

—A la mierda con eso. Te elijo a ti.

Aquella noche me hizo el amor la Anarquía. Me liberó de mis cadenas, esas que desesperadamente deseaba romper y no fui capaz al lado de ninguna otra mujer, ni solo. Volví

a soñar despierto con su risa, palpé su corazón, llegué hasta el alma, me miró todo el tiempo que tenía el reloj de la habitación con esos ojitos pardos, incluso le robó parte de horas al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente, y a los que vinieron después. No le importó esta cara poco agraciada, esta alma corrompida, la cocina desordenada... Sofía es el desorden. No conoce límites, ataduras, ni lágrimas en vano. Ella fue capaz de abrazarme una sola vez y ordenar todas las piezas de mi carcomido puzle.